

## **HOMENAJE A GARCILASO DE LA VEGA**

### **SESIÓN DEDICADA A RAFAEL FERNÁNDEZ POMBO**

ALEJANDRO FERNÁNDEZ POMBO

Correspondiente

Fue tres días antes de su muerte, fue la última vez que vi a mi hermano Rafael en pie. Yo acababa de tener mi segunda nieta y el me felicitó sin voz por que ya no podía hacer uso de ese hermoso don del ser humano, cuando «tu palabra cedió su turno al viento/ y el silencio tomó la delantera» (J. G. Manrique de Lara); pero sí de la expresividad que si siempre le había caracterizado, había aumentado cuando el cáncer y la cirugía le habían dejado sin cuerdas vocales. Después de darme un abrazo y mientras yo le hablaba de la alegría de esta nueva nieta, el cogió un papel en blanco que estaba por allí, y con su letra profesoral que había conservado siempre, con aire magistral, escribió una letrilla en la que hacia un divertido y cariñoso juego rimado de palabras en que me venía a llamar bisabuelo por que era abuelo por segunda vez. Tres días antes de su muerte, estaban vivos en él el ingenio y el humor.

Comprendo que es leve cosa, aunque sea para mí importantísima, pero quiero subrayar el temple y la capacidad que tenía para en cualquier circunstancia, aun las mas adversas, expresarse en su ingenioso pensar y juzgar. Y esto fue ¡tantas veces! que se podría hacer, lo aseguro, hasta un ensayo, una tesis si fuese preciso sobre este aspecto peculiar de su verso, que le llevaba de la creación trovadora, a la participación juglaresca improvisada y radiante en festejos, homenajes, bodas, tertulias y toda clase de actos sociales en el mejor sentido del arte calificativo. Sonetos escritos sobre una servilleta de papel o discursos al respaldo de una lista de precios del parador de Jarandilla.

Recuerdo también como en las vísperas de nuestra fiesta anual del Olivo, acudían a él las peñas y grupos que participaban en el desfile para que les escribiera las puyas irónicas, alusivas al tema de cada carroza y a los problemas del olivar que unas veces era la sequía, otras la arañuela y otras la bajada de los precios. Y él atendía todos los ruegos y lo hacía agudizando el sentido, ritmo, consonancia y armonía de aquellas redondillas como si estuviese haciendo el poema de su vida.

No quiero entrar aquí, (por que se qué van a hacerlo mucho mejor que yo) en el nacimiento de otros versos escritos en las circunstancias personales que precedieron a su operación y luego a su muerte, versos que por su mérito figuran en la antología, pero que también fueron escritos improvisados en cualquier papel.

A lo que quería aludir ahora, mas que a esa capacidad para versificar, es a su afán de complacer al amigo, por corresponderle con un piropo en forma de pareado de tener en una cuarteta toda una definición grata y entrañable de una persona. Este servicio de la poesía para hacerla expresión de amistad, o esta amistad expuesta con el regalo de los versos, es un aspecto que, en este momento grato para mí de las evocaciones, quiero tener presente.

Otra muestra que quiero mencionar de esta dualidad poética es cuando llegado el caso dedicaba todo su esfuerzo, estudio y trabajo a su obra como cuando hace, al estilo de Lope de Vega, la glosa del escudo de nuestra compañera de Academia, Ana María de Corcuera, combinando la terminología heráldica con el afecto cordial en tres sonetos de los que se habla de gules, azures, panelas y borduras, pero también de sueños, y vigiliias y de la importancia de «conservar el clásico olivar».

Podéis imaginaros que si eso lo hacía con sus paisanos y con

sus amigos, de esas expresiones poéticas tuvimos los suyos excelentes muestras. Mis hijos recuerdan y conservan los villancicos con los que les felicitaba las pascuas y en los que mezclaba su buen ojo pedagógico para ver lo que eran y hasta lo que iban a ser sus sobrinos, con la galanura de sus versos menores que además resultaban no solo comprensibles sino amables para mis hijos que acababan aprendiéndose de memoria por que eran pegadizos como sabía hacerlo el poeta cuando, como decía antes, además de ser trovador, era juglar y acababa jugando a ser coplero.

Aún le alcanzó la vida y talento para dedicar sonetos «medio en serio medio en broma» en las bodas de los hijos de alguno de esos sobrinos, y hasta villancicos a los hijos de sus sobrinos; y para mi primera nieta cuando era aún muy pequeña, envió un delicioso villancico en que aconsejaba a sus padres que le fuese explicado que es una estrella y «decidle por qué razones vale la pena ir tras ella», y que le enseñaran que un villancico es el tic tac del corazón o le enseñaran «el camino de Belén para ir pronto y bien».

Pido perdón una vez mas por contaros estas cosas tan íntimas y familiares, pero no renuncio a pasar a otras cuestiones sin recordar un bellissimo villancico del periodista, que me dedicó en los años setenta y que terminaba cuando el director cierra el periódico. El villancico que me dedicó en los años setenta y que terminaba: «y van a ser las seis de la mañana... / «Dios nacido en Belén. Gozo y albricias. / Sin más editorial, sin mas noticias; / con este titular a toda plana».

Con todo esto vengo a parar a que la poesía tenía para Rafael un doble aspecto; por un lado era vehículo para expresar «en el tono de confesión íntima», como decía Benito de Lucas, sus sentimientos, hacer memoria de su propia vida, que de los últimos años iba teniendo mucho de testamento: «última voluntad» se llama una

colección de nueve sonetos; pero, por otra parte, era un medio de comunicación con los demás, para lo que buscaría el tono adecuado a aquel a quien se dirigía, muchas veces, como digo, improvisando letrilla, pero también dedicándole si hacia falta, largas horas de su tiempo hasta encontrar la difícil rima de un soneto casi perfecto o la conceptual composición de un gran poema.

Al preparar la antología que hoy presentamos, la mayor dificultad para mí fue no solo seleccionar, sino poner orden en el frondosísimo bosque de sus versos; en «la soberbia cosecha de sublimes poemas, que almacenaban los trojes de tu casa», al decir de Guillermo Santacruz, por eso yo pensé hacer apartados y en este apartado sobre su poesía íntima que titula con unos versos suyos «Dejad así las cosas, quiero ser como soy», hay una serie de poemas que responden a esos escapes de sus propios secretos en los que entra, según ese escrito, naturalmente, el amor; también el dolor; está la vida; y la muerte, mas que anunciada, presentida. No en vano él fue dejando huellas de su deterioro físico, como cuando escribe:

«Yo soy unas arrugas y unas canas / y un cigarro y un verso, / y una tos, y una voz ronca, / y una desilusión por cada sueño roto». Esa voz ronca, comparada con los «vientos manchegos» (L. López Anglada) ya presagiaban su silencio en vida y luego su definitivo silencio del que levanta acta responsorial Carlos Murciano; «Puebla se puebla con el calofrío / de tu vacío, y Mora se recuesta / en la pared de su melancolía».

El resto de su obra se reparte en los siguientes apartados «Digamos a mi tierra por su nombre» que son versos de Mora y de la Mancha) en los que «concentra su vitalidad», como escribió su buen amigo y tocayo, Rafael Sancho de San Román; «Una ilusión anudada junto al Tajo» son composiciones en las que canta a la ciudad de Toledo y a los pueblos de su provincia; «Canciones y medi-

taciones con fondo de otros paisajes» de las que iba dejando versos como quien manda postales por donde iba dentro y fuera de España; el «Retablo de santos, poetas y otros iluminados», son aquellos poemas en los que hablaba de los santos y hablaba con los poetas, sus queridos amigos los poetas, algunos de los cuales estáis aquí y vais a intervenir. El no fue nunca poeta solitario, sino que le gustaba hacer coro con otros autores y yo sé bien con que fervor aplaudía a los versos de los demás y cómo consideraba un honor siempre estar entre ellos. Esta Academia, para él tan querida por muchas cosas lo era también por que le proporcionaba de vez en cuando, la ocasión de formar parte de los florilegios sobre temas como el del Greco o el de Garcilaso. Por lo mismo disfrutó de grandes ratos cargando con las «Alforjas de la poesía», en extraordinario colectivo.

Hablaba de santos y hablaba con los poetas. Pero con especial gusto en los poetas que eran santos, o bien canonizados por la Iglesia, como sus queridos Teresa y Juan de la Cruz, o bien santos laicos como el ascético Quevedo.

Es esa poesía la que le lleva a su propia ascesis, la que yo he recopilado en el apartado que titulo «Te necesito, sí resucitado», palabras sacadas de uno de los hermosos versos de mi hermano, el que empieza con esa tremenda afirmación: «Yo no te quiero Cristo de madera», y acaba haciendo síntesis de teología pascual y redentora, este soneto, fue incluido en el pregón de la Semana Santa Toledana. Rodeando a este desgarrado poema toda una alegre, festiva corona de villancicos, en los que apunta toda la ternura de sus días infantiles y de sus días magistrales, de cantigas marianas y de saetas sonoras, todo ello con el amoroso lenguaje que siempre tuvo para las cosas y las palabras sencillas. Como puede verse en el último apartado del libro titulado «Las gentes y las cosas». Entre estos últimos versos, entre estas últimas hay varios de uno de sus libros,

el que se llama «Cuando la casa es más que las paredes», poemas dedicados a su esposa y compañera Carmen, que está también presente en otras muchas páginas como lo estaba en su vida.

Como lo sigue estando con su muerte, cuando ya todos los que le quisimos tenemos un desolado hueco en el corazón, según escribía a su muerte Sagrario Torres.

Una muerte que el presentía, pero no quería «que le llevó la muerte como preso», que decía Juan Antonio Villacañas; que estaba agazapada, sobre todo desde el día en que quedó rota la garganta del ruiseñor, como dijo en exacta metáfora Félix del Valle.

Dentro de ese presentimiento está en esta última serie de poemas el patético y hermoso canto «al cementerio, si queréis mejor al camposanto», pero más concretamente a los cementerios de pueblo, «donde los muertos parecen menos muertos» y «donde la vida se alarga tercamente más allá de las tapias y del requiéscas in pace».

Tal vez en esto era profeta. Porque Rafael ha alcanzado ese raro privilegio que tienen los poetas: que se siga hablando de él y de sus versos, como si aún estuviera entre nosotros: «El poeta está siempre cerca de Dios», dijo de él Fina Calderón. Con sus versos sigue, además, estando cerca de todos los que le leímos o los que le oímos. Porque también acariciaba las estrofas al escribirlas y se emocionaba al recitarlas.

Termino. A vosotros, Académicos de esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo; a vosotros, los poetas amigos; a todos los que habéis venido a este acto y contribuir a la consoladora pervivencia de su palabra, a todos, muchas gracias y que Dios os los pague.